

portancia; mas aconteció que los escolares determinaron celebrar el diez y ocho de Octubre una triple fiesta, en memoria de la reforma religiosa, de la victoria de Leipzig y de la fundación de la sociedad estudiantil. El acto se verificó en el histórico castillo de Wartburgo, donde se tuvo detenido á Lutero para librarle de sus enemigos, y pensaban algunos, á instancias de Janh, amenizar la solemnidad con un auto de fe de libros reaccionarios, á semejanza del realizado por el reformador. Se reunieron como unos quinientos estudiantes, y la fiesta se deslizó tranquilamente, aunque en medio de la mayor animación y entusiasmo, con asistencia de las autoridades locales y del clero protestante de Eisenach y sin revestir otro carácter que el de función patriótica y religiosa. Estaba ya concluida, habiéndose desistido, por consejo de personas sensatas, de llevar á efecto el auto de fe, cuando se le antojó á un grupo de estudiantes simularlo, quemando algunos papeles viejos y arrojando á las llamas, como grotescos ó irritantes símbolos de la reacción, una coleta de peluca, en alusión á las que lucían los soldados hesseses, una vara de cabo de escuadra austriaco, un justillo, como los que usaban los individuos de la guardia real prusiana, y otros objetos por el estilo. Bastó esta ligereza, ideada por unos cuantos jóvenes atolondrados, para que Metternich espantara á los soberanos alemanes con el espectro de la demagogia, obligándoles á adoptar medidas de rigor, en especial, al de Weimar, que debió suprimir la libertad de la prensa y formar causa criminal á los profesores, «que no se habían avergonzado de autorizar con su presencia escena tan escandalosa».

Echaban leña al fuego del descontento en Alemania los emisarios de la Sociedad Bíblica, fundada por Alejandro en Rusia, que repartían profusamente en la Europa central los evangelios vertidos al idioma vulgar; animaban á los desheredados, á los pobres, á los oprimidos, y propagaban, á juicio de Metternich, no la luz, sino el incendio; y mientras la hegeria del Czar, la baronesa de Krüdener, predicando en Suiza sus doctrinas cristianas y democráticas, descargaba rudos golpes, en sentir del canciller austriaco, al principio de autoridad, Alejandro mismo parecía ofrecerse como ejemplo á los demás soberanos, poniendo en vigor la constitución de que dotara á Polonia y dando á entender que acaso llegase un día en que también Rusia recibiera de él análogo beneficio.

No obstante, la agitación, no ficticia, sino real y verdadera que comenzaba á difundirse en diferentes Estados, obedecía menos á impulsos del exterior que al régimen despótico erigido en dogma por la mayor parte de los gobiernos, siendo de notar que hasta Inglaterra se alineaba con Austria y Prusia para defender la reacción en Europa, enfrente del emperador Alejandro. Claro es que los ministros ingleses, obligados á respetar al Parlamento en su país, no podían combatir abiertamente fuera de él los principios constitucionales, pero en ninguna parte les dispensaban su protección. Salvando las apariencias, Castlereagh seguía idéntica política que Metternich. Este último, aprovechándose de

lo ocurrido en la fiesta de Wartburgo, alentó las disposiciones reaccionarias de Federico Guillermo, el cual, muy á gusto con que las circunstancias le depararan un pretexto para aplazar por tiempo indefinido el planteamiento de las reformas ofrecidas, se mostró cada día más severo, y como sus súbditos rhinianos le recordaran sus promesas, contes- tóles bruscamente que se reservaba fijar la época de dar la constitución y que la daría cuando lo juzgara oportuno. Respecto de Austria, ya hemos visto cual era la conducta de sus gobernantes en Italia y Alemania, y en lo tocante á la administración de sus provincias hereditarias, ningún compromiso había contraído Francisco II, reinando en ellas sin cortapisa la centralización más minuciosa, vejatoria y ridícula. El ideal del Emperador austriaco consistía en impedir á sus súbditos pensar y querer, manteniendo la separación de las distintas nacionalidades puestas bajo su cetro, mediante la diversidad de lenguas y de leyes, y á tal fin encaminó todos sus actos, secundado por su gran canciller. Los pueblos tenían sobrada razón para quejarse.

Lleno de zozobra Metternich con los síntomas inquietantes que se notaban en Europa, suplicaba de continuo al emperador Alejandro que le ayudase á poner remedio á males de que, en su concepto, era responsable, en parte no escasa, la política moscovita. El canciller austriaco representaba al Czar el peligro que corrían reyes y tronos si la efervescencia revolucionaria, salvando las fronteras de Italia y Alemania, se comunicaba á los demás países de Europa. ¡Cuán fácil no era que, al contacto de tantos combustibles, prendiese el fuego en el foco más temible del jacobinismo, es decir, en Francia! ¿Y quién entonces se libraría de las voraces llamas? No había momento que perder. Acercábase el día de tener que evacuar las tropas de los aliados el territorio francés, é interesaba al reposo del mundo que, antes que tal sucediese, el más poderoso de los soberanos renunciara á aquellas tendencias incoherentes y temerarias, con que venía á ser amparo y baluarte de la demagogia. Si se quería conjurar la tormenta, era preciso no apartarse un punto de las miras primitivas de la gran alianza, adoptar con los franceses nuevas precauciones y no devolverles, sino en apariencia, la libertad de sus movimientos. El lenguaje de los ministros prusianos é ingleses no cedía, en su pesimismo, al de Metternich. Tan insistentes instancias y advertencias, que sonaban á censuras y reproches, concluyeron por quebrantar la constancia de Alejandro, quien, por otra parte, alarmóse mucho con el contenido de una «nota secreta», que hizo llegar á sus manos el conde de Artois, á mediados de mil ochocientos diez y ocho. Tratábase de una especie de exposición, redactada por Vitrolles, en la que, bajo la inspiración del futuro Carlos X, se presentaba á Francia como próxima á caer de nuevo en las garras de la revolución, y sosteniéndose que era conveniente reemplazar al gabinete Richelieu con otro francamente realista, se indicaba que mientras el cambio no se operase, debía continuar el país ocupado militarmente. «No podía, se agregaba, responder el partido del orden de que, en otro caso, la

evacuación no fuese seguida de una explosión de jacobinismo; capaz de conmover á Europa entera.» Tuvo Richelieu noticia del vergonzoso documento y, conseguida copia del mismo, la dió al *Times* de Londres para su publicación, mientras al propio tiempo, procuraba tranquilizar al Emperador de Rusia y demás soberanos. Sus esfuerzos, sin embargo, fueron ineficaces, para borrar del todo en el alma del Czar, el efecto de las desagradables impresiones que acababa de recibir. No retiró Alejandro su confianza al ministro que apadrinara; pero le sostuvo más flojamente que antes. No creyó que el estado de Francia exigiese prolongar la ocupación militar extranjera, y aún se propuso reservar á los vencidos de Waterlío un puesto honroso en el directorio europeo, pues aspiraba á tenerlos algún día por auxiliares; mas en el entretanto, juzgó oportunas las nuevas precauciones solicitadas por Metternich para asegurarse de su docilidad y sumisión. En una palabra, de igual modo que, sin renunciar sus proyectos en Oriente y en América, hubo de retroceder ante la oposición con que tropezaran, lo mismo en esta otra cuestión, conservando un amor platónico á la libertad, aquella alma versátil y ligera se doblegó fácilmente bajo el huracán contrarrevolucionario. En lugar, pues, de persistir en su línea de conducta anterior, defraudó las esperanzas de los patriotas alemanes; pidió á Richelieu que reformara en sentido aristocrático la ley electoral de mil ochocientos diez y siete, y se mostró resuelto á conformarse con el programa de Metternich y de Castlereah. No debían ser éstas sus últimas veleidades.

No sin gran trabajo iba Francia mejorando su situación económica. Por medio de empréstitos, muy onerosos en verdad, había enjugado el déficit de sus presupuestos y satisfecho los plazos vencidos de la contribución de guerra que le impuso la Cuádruple alianza, atendiendo al par á la regulación de los créditos extranjeros que quedaran á su cargo. Esta última cuestión, que originó negociaciones largas y complicadas, estaba resuelta por completo á fines de Abril de mil ochocientos diez y ocho. La liquidación de sus deudas costó á Francia quinientos millones. El sacrificio había sido doloroso, pero fructífero. Ningún pretexto podían invocar ya los aliados para seguir ocupando militarmente un país que dentro de poco nada les debería, ni para proteger á un gobierno capaz de guardarse á sí mismo. Reorganizábase rápidamente el ejército francés, gracias á la ley de Gouvion de Saint-Cyr, y el concurso de las tropas extranjeras ninguna utilidad reportaba á Luis XVIII. Por otra parte, temían las potencias aliadas que sus soldados se contagiasen del espíritu revolucionario, tan vivo en Francia, y que lo importaran en sus Estados respectivos á su regreso. Todo esto había inducido á los aliados á acordar, en los primeros meses de mil ochocientos diez y siete, que la evacuación se verificara, lo más tarde, á fines del siguiente año. Antes, no obstante, de señalar la fecha con carácter irrevocable, se reservaron examinar, en una de esas reuniones solemnes que era preciso celebrar periódicamente, á tenor de lo convenido en el tratado de veinte de Noviembre de mil ocho-

cientos quince, hasta qué punto les permitía la situación de Francia abandonar el derecho de tutela que se arrogaran sobre ella. Resueltos los problemas económicos en Abril de mil ochocientos diez y ocho, como queda dicho, se determinó convocar el primer congreso internacional para el próximo mes de Septiembre en Aix-la-Chapelle. Fijada la época y elegido el lugar de la reunión, faltaba aún determinar las potencias que debían asistir y la materia objeto de sus deliberaciones, puntos en que andaban discordes los gobiernos aliados. El Czar era partidario de que se citase á todas las potencias y no se trazaran límites previos al programa; creía en la eficacia de los congresos para dar solución en cualquier tiempo á todo linaje de asuntos, y además, le interesaba particularmente que asistieran los representantes de ciertos Estados. Así, por ejemplo, quería que España fuese admitida á las conferencias, en la esperanza de hacer discutir y resolver, según sus deseos, esto es, contra los de Inglaterra, la cuestión de las colonias. El gobierno inglés, adivinando las intenciones del Emperador de Rusia, rechazó enérgicamente, de acuerdo con la corte de Viena y la de Berlín, las proposiciones del gabinete de San Petersburgo. A fin de convencer á Alejandro, adujeron que se debía tratar solamente con Francia, la cual, á pesar de su derrota, había tenido fuerza suficiente para dividir la cuádruple Alianza en el congreso de Viena, siendo de suponer tornase á las andadas si tomaban parte en el de Aix-la-Chapelle los Estados secundarios, de los que algunos se hallaban sometidos á su influencia y se le consentía discutir asuntos en que, por el momento, no era probable que los aliados se entendieran; pero, agregaban, aun suponiendo que Francia no se ponga á la cabeza de los referidos Estados, todavía no es prudente la asistencia de éstos á la asamblea, porque pueden, con sus reclamaciones y querellas, perturbar el orden y la paz restablecidos en Europa á costa de tantos sacrificios. «La única obligación, terminaban, que existe respecto de ellos, es la de no tratar de sus propios intereses sin su concurso.» No hicieron mella tales razones en el ánimo de Alejandro; pero persuadido al fin de que Inglaterra, Austria y Prusia no cederían, desistió de su empeño. Quedó, pues, sentado que las negociaciones se seguirían únicamente entre la cuádruple Alianza y el gobierno francés, y así se participó sin rodeos á los Estados de segundo orden, en una circular datada el veinticuatro de Mayo. De las potencias preteridas, unas se molestaron, otras reclamaron. En cuanto á nuestra patria, protestó indignada, acusando agriamente á Rusia de haberla abandonado. El directorio europeo no modificó su resolución.

A fines de Septiembre de mil ochocientos diez y ocho, se reunieron en Aix-la-Chapelle el Emperador de Austria, acompañado de Metternich, Alejandro de Rusia, seguido de Nesselrode y de Capo de Istria, el rey de Prusia, con Hardemberg y Bernsorf, lord Castlereagh y Wéllington, el duque de Richelieu, Reyneval y Mounier. Las conferencias comenzaron el treinta de dicho mes. En lo concerniente á la evacuación del territorio francés por los ejércitos de las potencias, hubo pocas dificultades, tomándose el dos de

Octubre el acuerdo, que revistió carácter definitivo el día diez y ocho, de que las tropas extranjeras saldrían de Francia el treinta de Noviembre, á más tardar; pero no fué lo mismo cuando se pasó á examinar el punto realmente delicado, la conducta que en lo sucesivo debía observar Europa con respecto á Francia, pues en opinión de Metternich, como sabemos, esta última nación, por su propio interés y el de los demás Estados, no podía quedar abandonada á sí misma. Para el duque de Richelieu, la cuestión era sencilla: bastaba reponer á Francia en el lugar que le correspondía en el concierto de las grandes potencias, es decir, convertir en quintuple la cuádruple Alianza. Con esto, se hallaría Luis XVIII en situación más airosa, y la seguridad de Europa nada perdería. Al Czar no le desagradaba tal idea; sin embargo, no prevaleció, por las desconfianzas y celos que todavía inspiraba el pueblo de mil setecientos noventa y tres, y aunque Metternich decía querer evitar que «la subsistencia de la cuádruple Alianza se interpretase á modo de amenaza contra Francia, tranquila y gobernada por su rey legítimo bajo instituciones constitucionales», no por ello dejó de dar valor de un principio á la proposición de que «la prudencia exigía, con carácter de ley, el mantenimiento de la alianza» para que «si Francia caía en nuevas crisis», no se hiciese esperar la acción coercitiva de Europa. Su opinión triunfó de la de Alejandro, y el primero de Noviembre renovóse el pacto de Chaumont por tercera vez, obligándose las potencias á no separarse y á juntar sus fuerzas para restablecer el orden en Francia; «si sobrevenía en este país cualquier trastorno que amenazara el reposo y seguridad de sus vecinos». Proclamábase, por tanto, sin ambages el derecho de intervención. Se comunicó el acuerdo á Richelieu, aunque sin hacerlo público. En seguida, los cuatro aliados invitaron á S. M. Cristianísima «á unir en adelante sus consejos á sus esfuerzos» á los de ellos, para «el mantenimiento de los tratados existentes y de las relaciones que habían establecido y estaban reconocidas por todos los Estados de Europa». Francia entraba, al fin, en el concierto de las grandes potencias, pero se la relegaba á segundo término; y en el momento mismo en que aquellas parecían tenderle la mano, redactaban, por exceso de precaución, un plan de campaña para el caso que necesitasen combatir en breve plazo á su nuevo aliado. A pesar de todo, Francia aceptó la invitación que le dirigían y el quince de Noviembre, una declaración solemne dió á conocer á Europa la constitución de la quintuple Alianza. «Esta unión augusta tenía «por base fundamental la observancia más escrupulosa del derecho de gentes», proponiéndose ser siempre «ejemplo de justicia, de concordia y de moderación»; proteger «las artes de la paz»; fomentar la prosperidad interior de los Estados y «despertar los sentimientos religiosos y morales, cuyo imperio había debilitado la desgracia de los tiempos.» Lo que la declaración omitía eran los medios prácticos con que los soberanos esperaban asegurar tantos beneficios á Europa. Metternich no los había olvidado, y en un protocolo secreto, redactado también el quince de Noviembre, se estipulaba celebrar re-

uniones periódicas, «para tratar en ellas en común de los propios intereses», y reuniones extraordinarias, en los casos graves ó imprevistos. Todo Estado podía apelar ante el tribunal de la pentarquía, seguro de ser oído y de encontrar en los aliados apoyo material.

La preocupación principal de los soberanos reunidos y representantes en Aix-la-Chapelle, fué reaccionar incesantemente, en todas partes y lugares, contra los principios de la Revolución. Liga de los reyes contra los pueblos, he aquí el verdadero significado de la odiosa asamblea. Los diplomáticos que á ella asistieron, jactábanse públicamente de haber conspirado contra la libertad. Así era, en efecto, y si alguna duda cupiese, se dispararía sin más que leer las siguientes frases escritas por Gentz, que fué el secretario del Congreso: «No se ha discutido, dice Gentz, ni la forma de gobierno, ni el sistema representativo, ni el mantenimiento ó modificación de los privilegios de la nobleza, ni la libertad de imprenta, ni nada de lo que toca á los intereses de la religión. Se ha evitado cuidadosamente dar pábulo á la malevolencia y á la indiscreción, consignando en actos formales el reconocimiento ó declaración de principios á que todos rendían culto en su alma, pero cuyo enunciado hubiese podido provocar comentarios enfadosos ó críticas hostiles. Lo que se ha hecho ha sido más y mejor que eso. Los soberanos y ministros han comprendido qué clase de conducta les dictaba la común salud, y sintiendo vivamente la necesidad de una confianza recíproca y de un concierto más estrecho que el que los tratados pueden establecer, han sacrificado los intereses de orden secundario... y han depuesto todas las consideraciones ante el deber supremo de preservar la autoridad del naufragio que la amenaza, salvando á los pueblos de sus propios extravíos. Sin pararse á contraer compromisos superfluos, se han entendido perfectamente acerca de la marcha que debe seguirse en medio de la tempestad». El criterio de Metternich se había sobrepuesto al de Alejandro, y bajo los auspicios del canciller de Austria, la Santa Alianza quedaba convertida en cruzada contra la Revolución.

En el congreso de Aix-la-Chapelle, se completaron las reglas establecidas en el de Viena acerca de los agentes diplomáticos, determinándose que los ministros residentes formasen una nueva categoría, que se colocó entre los plenipotenciarios y los encargados de negocios. En lo relativo á las graves cuestiones pendientes desde el congreso de Viena, ninguna resolución se adoptó en este otro. Temerosas las potencias de que estallara la discordia entre ellas si emprendían su examen, las dejaron intactas, reputándolas sin duda de interés secundario, ante el deber supremo de salvar á los pueblos de sus propios extravíos.